

CAPÍTULO IV

En Puebla. — El cumpleaños de la Emperatriz. — Magnanimidad de la Soberana. — Libertad de prisioneros. — Recepción del ministro francés Sr. Dano. — Nombramiento de damas de honor. — El obispo de Puebla, gran cruz de la orden de Guadalupe. — Cruz de San Carlos concedida á Sor Luisa, hermana de la Caridad. — El Corpus en Puebla. — Baile en la Alhóndiga. — Bendición de banderas. — Salida para México el 23 de junio. — Entrada á la capital.

1865 El día siete de junio, al despuntar la aurora, en la ciudad de Puebla, una salva de artillería, el repique de las campanas de todos los templos y las músicas militares que recorrían las calles anunciaban alegremente á los poblanos que se celebraba el cumpleaños de la Emperatriz de México, segundo que pasaba en esta tierra de América, y por coincidencia singularísima, segundo también que pasaba en la ciudad angelopolitana.

Efectivamente el año anterior, viniendo SS. MM. de Veracruz, antes de entrar á la capital del Imperio, allí habían pasado el aniversario del natalicio de la hija del Rey de los Belgas.

En el primer año, las damas de Puebla ofrecieron á Carlota un ramillete formado por las flores más raras y exquisitas que produce la zona tropical, y la Emperatriz dió de su bolsillo particular siete mil pesos para restaurar el Hospicio, cuyo ruinoso aspecto había causado pena á Su Majestad cuando lo visitó.

En la carta que dirigió con ese motivo al prefecto municipal, Su Majestad decía que: « Así podrían volver á habitarle los desgraciados que hoy se encontraban privados de ese abrigo. »

En el segundo aniversario de su natalicio, que Carlota pasó en Puebla, dió nuevas pruebas de su magnificencia y de su bondad.

Á las nueve de la mañana, el obispo de la diócesis ofició de Pontifical la misa que oyeron SS. MM., vistiendo el Emperador su uniforme de general mexicano y la Emperatriz elegantísimo traje de seda blanca, bordado de perlas y llevando en la cabeza majestuosamente una diadema de brillantes.

Tomaron asiento en el magnífico trono que para ellos se había levantado cerca del altar mayor y con verdadera devoción, ante lo más selecto de la sociedad poblana, asistieron al Santo Sacrificio.

Después de la misa regresaron al Palacio y en el salón principal del edificio, recibieron á las comisiones del Ayuntamiento, á diversas corporaciones religiosas, á muchos militares y á un gran número de damas y de caballeros, que fueron á presentar sus felicitaciones á la Emperatriz.

Esta pidió como gracia al Emperador, que concediera libertad á doscientos treinta y cinco prisioneros de guerra, é inmediatamente que el Emperador la concedió se le participó al conde de Thun para que los prisioneros fuesen puestos en absoluta libertad. Igualmente se puso en libertad á quince individuos que por delitos del orden común compurgaban su condena en la cárcel de ciudad.

Ese día también la Emperatriz, nombró damas de honor á las Sras Doña Paz Marrón de Haro, Doña Rosario Ponton de Calderón y Doña Adelaida M. de Pérez y concedió asimismo á sor Luisa, hermana de la Caridad, que tenía á su cargo la casa de Cuna, la Cruz de San Carlos, como recompensa á los muchos y muy valiosos servicios que en esa casa había prestado.

Dió además Su Majestad la Emperatriz ese día, la suma de mil pesos de su bolsillo particular, para la casa de niños expósitos y para el hospital de San Pedro, quinientos á las hermanas de San Vicente de Paul, cien al convento de Capuchinas y trescientos para los pobres de la ciudad.

Una dama muy bella de Puebla, esposa de un rico comerciante, fué nombrada también dama de honor; pero ésta devolvió el nombramiento, diciendo que prefería ser reina en su casa y no criada en Palacio.

Invitada poco tiempo después al banquete y al baile, fué acompañada de sus dos bellísimas hijas. Entonces quedó encantada del trato tan amable y tan digno á la vez de los Soberanos; y manifestó públicamente su arre-

pentimiento por su altiva y grosera determinación anterior.

Pocos días después del cumpleaños de Carlota, desembarcó en Veracruz el nuevo ministro francés M. Dano, quien venía á substituir á M. Montholon que había sido llamado por Napoleón. Presentó sus credenciales el nuevo ministro de Francia al Emperador en el Palacio, habiéndolo acompañado el gran mariscal Almonte y los secretarios del gran maestro de ceremonias, en un elegante carruaje de la corte.

Á la recepción que fué muy brillante, asistieron los generales y oficiales que se encontraban en Puebla, los chambelanes, los caballerizos y la guardia palatina.

Los discursos que se cambiaron entre el ministro de Francia y el Emperador abundaban en frases llenas de benevolencia y de cordialidad. El mismo día de la recepción del nuevo ministro francés, Su Majestad concedió la gran cruz de Guadalupe al obispo de Puebla. Por la tarde se sirvió un banquete de ochenta cubiertos, y por la noche se quemaron en la plaza principal unos fuegos artificiales muy vistosos y se iluminó profusamente la ciudad.

El día quince, que fué el Corpus, se celebró esa fiesta religiosa con mayor magnificencia de la que hasta entonces se había acostumbrado, pues personas que la presenciaron en México en tiempo del gobierno del general Santa Ana, aseguraban que ni entonces había tenido tanto lucimiento ni tanto esplendor.

Se colocaron alfombras y tapices riquísimos en todo

el trayecto que separaba el Palacio de la Catedral, y desde las primeras horas de la mañana, se formó una valla de tropas vestidas con sus trajes de gala.

Á las siete en punto, SS. MM. salieron del Palacio y se dirigieron á la Catedral. Entrando por la puerta principal, fueron á ocupar los asientos de honor que para ellos se habían colocado cerca del altar mayor; Maximiliano, como en todas las grandes ceremonias vestía el uniforme de general del ejército mexicano, llevando la cabeza descubierta y en la mano el vistoso bicornio, la Emperatriz vestía riquísimo traje de seda blanco bordado de oro, y de sus hombros caía largo y rico manto de terciopelo carmesí bordado de oro también, al cuello llevaba un hilo de brillantes y dos sartas de perlas, y en la frente la diadema imperial formada con gruesos brillantes.

Terminada la ceremonia en la Catedral, salió la procesión por la puerta principal, para seguir por las calles de Hidalgo y Mercaderes y entrar á la plaza principal por las de Guevara y San Martín, portal de Iturbide y atrio de la Catedral.

Formaba la descubierta de la procesión un regimiento de caballería, seguían á pie el mariscal general Almonte, el ministro de la casa imperial, el gran maestro de ceremonias, los dos secretarios de éste, los chambelanes, los caballerizos mayores, las damas de honor, la guardia palatina, y bajo del palio SS. MM.

Llevaban el palio cuatro alabarderos y el manto de la Emperatriz, cuatro damas de honor.

Á ambos lados del palio que cubría á los Soberanos caminaban majestuosamente los gallardos soldados de la guardia palatina, luciendo sus brillantes cascos de plata con plumeros blancos. Era ésta la parte más bella y más imponente de la procesión, pues las alabardas de acero y los ricos y brillantes cascos daban un aspecto grandioso al desfile.

Seguían después los miembros del alto clero, las numerosas comunidades religiosas que residían en Puebla y bajo de palio también el obispo de la diócesis llevando en suntuosa custodia la sagrada forma. Acompañaban al obispo los canónigos de la Catedral y los niños del coro llevando éstos ricos incensarios con los que perfumaban el ambiente y cubrían casi por completo de vaporosas y blancas nubes el grupo del obispo y el Venerable Capítulo poblano.

Cerraban la procesión las tropas que se encontraban en Puebla, con sus bandas que ejecutaban marchas y piezas de música adecuadas á la sagrada ceremonia.

Fué, repito, la celebración del Corpus en Puebla ese año, tan solemne, que todavía hoy que de ella han pasado muy cerca de cuarenta años, existen viejos poblanos que con ternura la recuerdan.

El aspecto de las calles por donde la procesión pasaba, era el de alguno de esos palacios encantados que describen los autores orientalistas. Todas las calles por donde tenía que pasar, habíanse entoldado, y los muros estaban cubiertos con espejos colosales y magníficos adornos. La lluvia de flores que las damas arrojaban al

paso de los Soberanos era tan abundante, que habíase formado ya una segunda alfombra de flores naturales sobre los ricos tapices que cubrían las calles. Cuando los Soberanos llegaron de nueva cuenta á la entrada de la Catedral, detuviéronse para inclinarse ante el paso del obispo, y enseguida se dirigieron al palacio para presenciar desde allí el desfile de las tropas, que presentaban las armas al pasar frente al balcón. A pesar de las continuadas fiestas, Maximiliano no interrumpía para nada sus horas de trabajo; como de costumbre tanto en días en que como el de Corpus tenía que asistir á alguna solemnidad, levantábase á las cuatro de la mañana, y á esa hora comenzaba conmigo su acuerdo en la forma que ya mencioné en capítulos anteriores; despachábamos igualmente en días de fiesta como en los no feriados ni de recepción, la correspondencia con los ministros, con el gabinete militar y civil.

En las recepciones y en las grandes fiestas, era don Francisco Mora, el gran maestre de ceremonias, el que disponía todo el ceremonial, pues conocía perfectamente todas las prácticas de las cortes europeas en casos análogos por haber pasado la mayor parte de su vida en París.

Ayudábanle en sus faenas, los Sres Don Pedro Celestino Negrete y Don Fernando Mangino, sus secretarios.

Mora, después de arreglar su ceremonial, lo presentaba á la Emperatriz con quien discutía los puntos más esenciales y ya aprobados éstos por la Soberana se pre-

sentaba el programa completo al Emperador para que éste lo aprobara.

Así fué cómo se arregló y organizó el gran baile que SS. MM. ofrecieron á la sociedad poblana, y que se verificó en los amplísimos salones de la Alhóndiga el día 17 de junio.

Fué esta, otra fiesta, que aunque tuvo carácter muy distinto que la procesión del Corpus, dejó profundos recuerdos en los habitantes de la ciudad. Presentáronse los Soberanos á las nueve de la noche, y ya á esa hora los salones rebosaban de concurrencia selectísima. Altos dignatarios del Imperio, generales, jefes y oficiales mexicanos, austriacos y franceses vestidos de gala; mujeres hermosísimas con trajes riquísimos, luciendo sus desnudas y blancas espaldas y llevando toda una fortuna en joyas, caracterizados caballeros, en fin todo cuanto entonces valía social y militarmente en la política imperialista, se había citado en los salones de la Alhóndiga. Tan luego como SS. MM. se presentaron á la entrada del salón, las señoras formaron una ancha y hermosísima valla, y el gran maestre de ceremonias, comenzó á hacer las presentaciones á los Soberanos, mencionando á cada dama y á cada caballero por sus nombres.

Maximiliano iba vestido de rigurosa etiqueta y llevaba pendiente del cuello la cruz del Toisón de oro, pero no de una cinta negra como generalmente la usaba, sino de un rico collar de oro y de piedras preciosas. Después de las presentaciones, los Soberanos ocuparon por unos cuantos instantes el trono que al efecto y para ellos se

había colocado en el fondo del salón y tan luego como la orquesta dió la señal de las cuadrillas, el maestro de ceremonias colocó á las parejas que debían tomar parte en ellas.

Formaban las cabeceras, el Emperador con la gran mariscala de la corte Doña Dolores Quesada de Almonte y la Emperatriz con el gran mariscal; las parejas de los lados, eran los ministros, los generales y los vecinos más caracterizados de Puebla, con las damas de honor, y las más bellas y distinguidas señoras poblanas.

Terminadas las cuadrillas, los Soberanos fueron á ocupar el trono, y el baile continuó animadísimo hasta la media noche, que se sirvió una suntuosa cena presidida por SS. MM.

Á la mesa de honor, sentáronse unas veinte personas, altos funcionarios de la corte y distinguidas de la sociedad de Puebla y el resto de la concurrencia se repartió en otras mesas que se habían colocado en los salones.

Este baile, que terminó como el de Jalapa, hasta la madrugada del siguiente día, dejó también en los poblanos, un recuerdo vivo é imperecedero como casi todas las fiestas suntuosísimas que dió el Imperio.

Muy original, muy bella y muy suntuosa fué también otra ceremonia que se celebró en Puebla pocos días después del baile á que acabo de referirme.

Fué esta ceremonia, la bendición de las banderas de los cuerpos austriacos. Se escogió para celebrarla, el hermoso templo de San Francisco, situado en el pinto-

resco Paseo Viejo, lugar de los más bellos de la ciudad angelopolitana, poblado de añosos y corpulentos árboles, que con su verde y abundante follaje rodean el templo antes mencionado y que es una maravilla de arquitectura religiosa, como casi todos los templos de Puebla. Pero el de San Francisco, tiene además la particularidad de parecer, con su doble hilera de altas y esbeltas columnas blancas, un salón inmenso ó un claustro largo y artístico de algún convento medieval.

El día de la bendición y entrega de banderas, se cubrieron las columnas con guirnaldas y con festones de ramaje y las bases con trofeos militares vistosos y originales.

Á las siete de la mañana, el general conde de Thun, el teniente coronel Kodolich y el estado mayor austriaco esperaban á Su Majestad á las puertas de Palacio, en briosos corceles. Salió el Emperador á la siete y media acompañado de toda su casa militar también á caballo; encabezando la columna, con el conde general Thun á la derecha y el teniente coronel Kodolich á la izquierda, siguió la brillante comitiva hasta la iglesia de San Francisco.

Yo acompañaba á la comitiva en calidad de cronista.

Formadas estaban las tropas austriacas desde la plaza de San Francisco hasta la entrada del templo, y tan luego como Maximiliano se presentó arrogante y majestuoso en su magnífico corcel, los marciales aires de las

bandas militares, los tambores y los clarines llenaron alegremente el ambiente dulce y perfumado del bello parque de San Francisco.

Los batallones de infantería, hicieron una descarga de fusilería tan unida y precisa, que llamó la atención de todos los mexicanos que asistíamos á la suntuosa ceremonia militar. Echó pie á tierra Su Majestad y todos sus acompañantes penetramos al templo, colocándose el Soberano en el trono que se encontraba cerca del altar mayor.

Como la solemnidad era esencialmente militar, no se permitió la entrada á ningún civil ni á mujer alguna.

Solo se veía el brillar de los entorchados y de los bordados de oro y plata de los uniformes entre los trofeos de armas á la luz de los centenares de cirios que iluminaban las anchas naves del templo.

Celebró el Santo Sacrificio de la misa, el capellán de la tropa y mientras duró la misa, la magnífica banda militar de Saverthal, ejecutó hermosas marchas y otras piezas esencialmente militares.

En el momento de la Elevación, todos los soldados presentaron armas, los clarines y tambores batieron marcha y en el atrio una segunda descarga de fusilería tan precisa como la primera, saludó al Rey de los Reyes.

Terminada la misa, el mismo capellán de la tropa bendijo el grupo de nuevas banderas, que eran de riquísima seda con flecos de oro y asta de madera forrada con terciopelo rojo.

Enseguida el general conde de Thun, iba leyendo el nombre de cada abanderado y el teniente coronel Kodolick, hacía entrega de la bandera al Emperador, quien á su vez la ponía en manos del abanderado, que la recibía doblando la rodilla ante el Soberano, y estrechándola contra su pecho, prestaba el juramento de fidelidad.

Después iba cada abanderado á colocarse al grupo de sus compañeros, que formaban en el templo el más vistoso conjunto.

Á cada juramento de fidelidad, los tambores y clarines volvían á batir marcha y los soldados con frenético entusiasmo, saludaban al abanderado y á su bandera con atronadores: Hip! hip! hip! hip! hurrah!

Terminada la ceremonia, el Emperador seguido de su séquito pasó ante las tropas que repetían entusiasmadas *Vivas al Kaiser Max!*

Al mediodía se sirvió en el Palacio, una comida espléndida á la que solo asistieron militares, por tratarse, como ya dije de una fiesta enteramente militar.

Comenzaban ya á hacerse los preparativos para nuestro regreso á la capital, de donde hacía dos meses que Su Majestad se encontraba ausente; los altos personajes de la corte, que para la festividad del Corpus habían ido á Puebla, se encontraban ya en México, las solicitudes de audiencia aumentaban más y más cada día, y mi trabajo había llegado á ser excesivo.

Viendo Maximiliano mi afán por despachar todos los asuntos que me encomendaba, díjome un día:

— Ud no vuelve ya á su oficina, escriba Ud á Loysel que queda Ud nombrado con el título de empleado de los sitios imperiales y viajes del Emperador, enteramente á mi servicio; en ese sentido haga Ud extender su nombramiento para firmarlo cuando llegemos á México.

— Escriba Ud también, agregó, á Don Martín Castillo, ministro de la Casa imperial é intendente de la lista civil, diciéndole que cuando llegue á México el Sr de Poliakovitz, sea nombrado su secretario particular, presentándose á la firma el despacho respectivo.

A las seis de la mañana del día veintitrés de junio, salimos de Puebla.

La Emperatriz acompañada de la Sra. Pacheco, iba en un carruaje; en otro el Emperador y yo con mi balija de documentos, y en seguida varios carruajes más, ocupados por las personas del séquito y por la servidumbre. Cerraban la comitiva los soldados de la guardia palatina á caballo.

Á las nueve de la mañana llegamos á San Martín Texmelucan, donde la municipalidad tenía preparado un almuerzo que el Soberano no aceptó, expresando su agradecimiento y su pena por no poder aceptarlo, porque tenía que encontrarse en México al día siguiente, siguiendo á toda prisa su camino.

Llegamos bajo fuerte lluvia á Río Frío; y de ahí, donde almorzamos, á la hacienda de Zoquiapan, donde pasamos la noche. En la hacienda se había preparado una suntuosa alcoba para la imperial pareja; pero el Emperador muy discretamente ordenó como en Pue

bla que se armara su catre de viaje en una pieza distante de la que para él y para la Emperatriz estaba preparada.

Salimos de la hacienda á las siete de la mañana del día veinticuatro y á unas cuatro leguas antes de llegar á México pasó el Emperador al carruaje de la Emperatriz; y la Sra. Pacheco y yo ocupamos otro de los que venían detrás.

Una numerosa cabalgata y multitud de carruajes ocupados por las damas más bellas y distinguidas de la ciudad de México nos esperaban en el Peñón.

Allí se detuvo unos minutos la imperial comitiva y el Sr Regidor Hidalgo y Terán en una breve alocución dió la bienvenida á SS. MM.

En medio de las salvas de cañonazos, de los vivas, de los repiques y del más grande entusiasmo llegamos al Palacio imperial.